

ministros decidieron apoderarse, por un acto violento de perfidia, y realizarlo con perfecta sangre fría. Hicieron todos sus preparativos en secreto, esforzándose por engañar á la potencia amiga que preparaba el golpe.

Stuyvessant no había cesado de implorar del gobierno de la metrópoli el envío de lo que era preciso para defender la provincia, pero sus jefes de Holanda, preocupados única y exclusivamente de las especulaciones provechosas, permanecieron sordos á sus advertencias. Se le abandonó con medios de defensa insignificantes y con una fuerza armada absolutamente insuficiente.

Gracias á la traición pérfida, una ciudad cayó en poder de los ingleses; aunquo esta victoria no sea muy honrosa para ellos.

En Setiembre de 1664, tres ó cuatro fragatas inglesas, llevando un cuerpo de ejército de algunos cientos de infantes, bajo el mando del coronel Ricardo Nicolls, aparecieron súbitamente en el puerto. En seguida fueron reforzadas por las tropas alistadas de los ingleses de Long-Island, que ya se habían insurreccionado.

Nicolls tenía una superioridad inmensa y se sabía que era hombre de resoluciones inmediatas. Pidió enseguida la rendición de la ciudad y de la provincia.

Stuyvessant hubiese querido librar batalla, no obstante la desigualdad de las fuerzas, pero los ciudadanos se negaron á apoyarle, y Nueva Amsterdam pasó á manos de los ingleses sin que se disparase un tiro en su defensa.

CAPITULO IV

NUEVA AMSTERDAM SE CONVIERTE EN NEW-YORK.—
LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA DOMINACIÓN INGLESA
(1664-1674).

La ciudad cambia de nombre.—Los ingleses establecen su dominación sobre todo el litoral.—Peligros que rodean á las fundaciones.—Gobierno de Nicolls.—Libertad religiosa.—Naturalización.—Prejuicios de raza.—Aristocracia.—Denegación del derecho á nombrar diputados.—La paz de Breda.—Administración del gobernador Lovelace.—El primer club social.—Dificultades que oponen los puritanos de Long-Island.—Prosperidades.—Caza de la ballena y pesquerías.—Primera concepción de la Bolsa de New-York.—Guerra entre Inglaterra y Holanda.—Establecimiento de diligencias.—Recuperación de New-York por los holandeses.—Administración del gobernador Colve.—Cesión de la ciudad á Inglaterra.—Nombramiento del gobernador Andros.

La expedición contra Nueva Amsterdam había sido organizada bajo el patronato del duque de York, que fué más tarde el rey Jacobo II, y la ciudad fué de nuevo bautizada en honor á él.

Todavía en nuestros días, su nombre perpetúa la memoria de aquel personaje mediocre, cruel y santurrón; su corto reinado fué el último de la innoble dinastía de los Stuardos.

Con la isla de Manhattan, toda la provincia de Nueva Holanda pasa á la dominación inglesa, y la ban-

dera roja flota arrogantemente á lo largo del litoral desde la Acadia hasta la Florida.

Sin embargo, los establecimientos no eran todavía más que pequeñas manchas sembradas en el inmenso desierto adornado que cubría todas las partes conocidas del continente. Estaban puestos á grandes distancias los unos de los otros, sobre el lado del mar, ó sobre las márgenes de los ríos importantes, separados por inmensos espacios de tierras vírgenes, de aspecto fosco y medroso. Cada paso por la floresta, era un enorme peligro.

Los que se hallaban en tierra firme respetaban los grupos de colonos diseminados; éstos, á su vez, las orillas de los ríos navegables, que permitían viajar más fácilmente y con más seguridad que por tierra.

En la época que Nueva Amsterdam cesó de llevar este nombre, tenía próximamente mil quinientas almas, comprendiendo en ellas un crecido número de esclavos negros, y no obstante, los *sloops* que iban y venían entre ella y el fuerte de Orange, hoy Albany, ó no importa cuál otra de las pequeñas ciudades de orillas de los ríos, necesitaban estar bien armados y mantener noche y día guardia contra los botes de guerra de los hostiles indios.

La provincia conquistada había sido dada por medio de cartas-patentes, al duque de York, y Nicolls gobernó como su agente.

Nicolls era un hombre valiente y avisado, de carácter generoso y de buena reputación. Se percató bien de la difícil tarea que le incumbía é hizo por atraerse á los colonos, siguiendo una conducta justa y moderada, pero mostrando que la timidez no tenía lugar en su sistema.

En los artículos de la capitulación quedaron los co-

lonos garantidos en sus derechos civiles y religiosos, puede decirse que ganaron en el cambio. Sus intereses eran defendidos con tanto celo como los de los colonos ingleses. Sus prejuicios no chocaron, y de todas suertes, el *self-government* más bien aumentó que disminuyó. Por otra parte, es preciso recordar que el cambio no se realiza con tanta violencia como si una ciudad poblada exclusivamente por gentes pertenecientes á una sola raza, hubiese sido conquistada por gentes pertenecientes á raza distinta.

Bajo la dominación holandesa, todos los extranjeros habían sido naturalizados sin dificultad y se les había dado su parte en la administración, porque nuestra ciudad siempre ha dado todos los privilegios á la parte de población (es decir, á la mayoría) nacida en su recinto.

El elemento holandés predominaba en la clase rica, á la que pertenecía todo el *self-government* que existía entonces; pero éstos eran también muy numerosos entre los hugonotes franceses y los colonos ingleses.

Según todas las probabilidades, un tercio al menos de la población, no comprendiendo los numerosos esclavos negros, y comprendiendo los hugonotes, no eran ni holandeses, ni ingleses, y á este tercio le importaba el cambio muy poco.

Los ingleses habían ejercido una influencia considerable en el gobierno durante toda la administración de Stuyvessant y aun antes, porque ocupaban el tercer lugar como número, como importancia entre los elementos varios de esta población. De otra parte, por las mismas causas, después de la capitulación, los holandeses continuaron ejerciendo una influencia considerable, y muchas veces preponderante, en los consejos de la ciudad.

El cambio tuvo por único resultado el hecho de que la clase que había sido la más importante hasta entonces pasó al segundo lugar, y que el puesto que ella ocupaba en la dirección de los asuntos públicos fué usurpado por otro elemento, que había ya ocupado durante años una situación análoga.

Hubo allí, naturalmente, muchos prejuicios de raza y bastante mala intención. Los tercios holandeses se obstinaron en conservar su lengua, por más de un siglo, si bien debilitándose gradualmente.

La constitución de la colonia holandesa era esencialmente aristocrática, y el partido popular estaba naturalmente en oposición con los *patroons* y ricos comerciantes.

Los colonos que llegaron directamente de Inglaterra estaban agregados á la iglesia establecida, institución eminentemente aristocrática. De entre ellos salían la mayor parte de los empleados superiores, algunos comerciantes y los grandes propietarios rurales. Era natural que se uniesen á la clase aristocrática de los antiguos colonos.

Por otra parte, los de la Nueva Inglaterra, que eran de origen puritano y que descendían de los presbiterianos de Escocia é Irlanda, eran los adversarios más resueltos del episcopado y de la aristocracia, siendo los *leaders* del partido popular.

Igualmente los hugonotes y los colonos de otras nacionalidades, aunque de una manera menos franca, conforme la propiedad y la casta.

Tampoco siguieron en sus oscilaciones la influencia de consideraciones de lenguaje y de raza más que de un modo secundario.

Nicolls operó los cambios necesarios con toda la lentitud y el tacto que exigía la prudencia. Durante un

año la ciudad continuó guardando su antigua forma de gobierno. Entonces al *schout*, á los *schepens* y á los *burgomaestres* siguieron el *sheriff*, los *aldermen*, el *maire* y los jueces. Los derechos establecidos fueron respetados en la medida de lo posible, los *patronos* llegaron á ser lores titulares de un dominio.

Los holandeses y los hugonotes pudieron ejercer su culto con toda libertad, y sus disposiciones eran tan buenas, que durante algún tiempo el oficio anglicano se hizo en la iglesia holandesa durante el medio día.

Se evitó toda intervención en el uso del lenguaje, en los usos sociales y comerciales, así como en las relaciones de los ciudadanos.

Nicolls se manifestó más tolerante que Stuyvessant en las cuestiones religiosas. Uno de sus primeros actos fué autorizar á los luteranos para construir una iglesia y dotarla de un pastor.

Estableció un buen sistema judicial y dejó en la práctica á los ciudadanos una gran parte en el *self-government*. No por eso conquistó su independencia cambiando de condición. Tenían por soberano un duque en vez de una Compañía.

Nicolls nombró por sí mismo todos los nuevos funcionarios de la ciudad que excogitó, tanto de entre los holandeses como de entre los ingleses, contestando así política y categóricamente á aquellos que le pedían elegir sus representantes. Lo mismo satisfizo á los puritanos de Long-Island que á los holandeses.

Sin embargo, su tacto, sus generosidades, su modo afable, que en nada alteraba, la prudencia con que mantenía el orden y aseguraba la prosperidad, le congraciaron á los ojos de los colonos, hasta cuando éstos acabaron por reconocer que tenía una mano de hierro enguantada de terciopelo. Pacificó enteramen-

te á los indios, que quedaron en una perfecta tranquilidad durante el tiempo de su gobernación por primera vez en un cuarto de siglo. Hízose respetar por todos los criminales y reprimió con una firmeza inexorable la licencia de sus tropas, que obligó á conducirse convenientemente con los habitantes.

Su honradez, en materia de dinero, era tal, que se empobreció durante la administración de la provincia.

La ciudad continuó prosperando, porque comerciaba libremente con Inglaterra y las posesiones inglesas, y hasta pudo, en ciertos límites, hacer negocios con algunos puertos holandeses.

Nicolls no tardó en fatigarse de su empleo, y rogó le fuese permitido abandonarlo, pero sus servicios eran muy preciados ante el duque para que se le concediese.

El tratado de Breda dejó á New-York en manos de los ingleses; en cuanto á la fría provincia del Norte, que actualmente encierra Estados superiores en población á la Holanda é Inglaterra de hoy, era, según la apreciación de entonces, inferior á cualquiera de las colonias tropicales.

En los dos campos, los beligerantes combatían por adquirir posesiones que produjeran beneficios pecuniarios, no con el fin de fundar Estados poblados de hombres libres de su raza.

Los ingleses mostraron su mal humor y los holandeses dejaron estallar su júbilo por haber recibido á Surimam más bien que á New-York.

En cuanto á Nicolls, cuando se vió libre volvió á su tierra.

Su sucesor, Francisco Lovelace, fué el tipo del cumplido caballero. Había sido el fiel compañero del

rey en la prosperidad como en la malandanza. Mas aunque galante, generoso y honrado, distaba mucho de poseer las cualidades prácticas de su predecesor. Sin embargo, supo seguir sus huellas, favoreciendo en todos sentidos los intereses de la ciudad y haciéndose simpático á sus habitantes.

Alióse íntimamente con los principales ciudadanos, así ingleses como franceses y holandeses, y estableció un club social, cuyas reuniones se celebraban indistintamente en casa de sus individuos. En estas asambleas se hablaban los tres idiomas.

Sus principales inconvenientes provenían, así como para su predecesor, de los hijos de cabeza dura y cuello corto de los puritanos del Long-Island; y al tratar de que pagaran una cuota fija para construir un fuerte en Manhattan, se opusieron enviando una protesta; pero, por otra parte, fué apoyado por sus consejeros ingleses y holandeses, quedando en buen lugar con los indios.

La ciudad prosperó bajo Lovelace tanto como bajo el dominio de Nicolls; su propietario, el duque de York, imbécil tirano, tenía interés en tratar bien á su colonia en tanto que no ejercía las funciones de rey y á pesar de su intolerancia religiosa, las circunstancias le obligaron á abogar por la tolerancia religiosa para New-York.

New-York se desarrolló libremente, sacando gran partido de sus recursos naturales; aumentó el comercio, se construyeron navíos, y en tanto que éste se desarrollaba, se fomentaba la pesca de bacalao y de ballenas que aparecían á lo largo de las costas en gran número, encontrándose algunas en el puerto.

Los negociantes tenían reuniones semanales que fueron el origen de la Bolsa de New-York. La riqueza

se extendió á todas las clases, comenzando las primeras tentativas del lujo.

Este desarrollo rápido y constante, esta prosperidad material, fué bruscamente detenido al estallar la encarnizada guerra entre Inglaterra y Holanda. Se paralizó el comercio, y numerosos negociantes estaban amenazados por la quiebra, á la par que la miseria pública crecía.

Los holandeses trataron de tomar la villa; Lovelace, para defenderla, hizo todos los preparativos posibles, poniendo gran cuidado en establecer un servicio de diligencia hasta Boston y Harford, á fin de comunicarse por tierra con sus vecinos del Este, y en una de sus ausencias de New-York, la villa fué tomada por sus antiguos poseedores.

En Junio de 1673, una escuadra holandesa mandada por dos terribles lobos marinos, los almirantes Evertsen y Bincker, apareció de improviso en la bahía inferior.

El comandante inglés del fuerte trató de negociar con ellos, pero éstos no admitieron más condiciones que la rendición inmediata, diciéndoles que habían venido «para buscar su bien y que ellos lo alcanzarían». La milicia holandesa rehuyó marchar contra sus compatriotas, y los demás ciudadanos se mostraron poco dispuestos á correr ningún riesgo en una querrela que les interesaba tan poco. Las fragatas de Evertsen se aproximaron al alcance de los mosquetes del fuerte, y empezó el fuego por ambas partes. Después de dos descargas, con las que mataron é hirieron á varios hombres de la guarnición, amainaron el pabellón inglés; el fuerte fué entregado á las tropas holandesas, que habían ya desembarcado al mando del capitán Antonio Colve.

Así acabaron los nueve primeros años de la soberanía inglesa en la embocadura del Hudson.

Los vencedores se sorprendieron al punto de la obra para deshacer todo lo hecho por los vencidos.

La lengua holandesa volvió á ser oficial, y toda la obra gubernamental de los ingleses fué trastornada.

En la ciudad, los *schepens*, los *burgomaestres* y el *schout* recuperaron la plaza del *sheriff*, del alcalde y de los *aldermen*.

Hubo pocas violencias, salvo el robo de una ó dos casas é insultos y malos tratamientos á algunos habitantes, como pasó después de la primera conquista, pero con la diferencia que esta vez los holandeses eran los autores y los ingleses las víctimas.

En la época en que se perdió la provincia, no era ésta más que una propiedad de la Compañía de las Indias Occidentales, pero esta corporación había dejado de existir antes de 1673, y la provincia fué reconquistada por la victoria de una expedición holandesa, llegando á ser un bien perteneciente á toda la nación.

Evertsen, en nombre de la metrópoli, nombró á Colve director de la provincia.

Colve era un hombre ordinario, resuelto, imperioso y un buen soldado, pero que no profesaba gran respeto á la libertad civil.

Toda la provincia fué bien pronto reconquistada.

Las ciudades holandesas esparcidas á lo largo del Hudson se sometieron prontamente, pero los puritanos de Long-Island no estaban dispuestos á ello, y tomaron una actitud de desafío, al mismo tiempo que pedían socorro á Connecticut.

Pero Colve y Evertsen, apoyados por tropas bien disciplinadas y por una escuadra completa, no eran hombres con los que se pudiese jugar. Avisaron á los

habitantes de Long-Island que estuviesen preparados para sufrir todos los azares de la guerra ó á someterse sin dilación, y se sometieron no osando intervenir Connecticut. Los habitantes de Nueva Inglaterra hubieran querido también tomar una actitud hostil y amenazar con la conquista de Nueva Holanda, mientras la provincia estaba ocupada por una guarnición insuficiente; pero eran demasiado prudentes para empeñarse en una lucha abierta con hombres tan batalladores y de una habilidad tan bien probada como Evertsen y Colve, con las tropas y los marinos enduercidos por la guerra que tenían á sus órdenes.

Colve dirigió con vigorosa mano los negocios interiores de la colonia.

Dió á entender á los ciudadanos que la autoridad militar tenía fuerza sobre la autoridad civil, y cuando el Consejo protestó contra lo que hacía, declaró netamente que debían someterse ó dimitir.

Establecióse la ley militar é impusieronse fuertes tasas, y los burgueses encontraron que el restablecimiento de la dominación holandesa había modificado muy poco la situación en favor suyo.

La segunda fase de la dominación holandesa en la isla Manhattan duró sólo quince meses.

En Noviembre de 1674, la ciudad fué devuelta á los ingleses en virtud de un tratado de paz terminado entre las dos potencias, tratado que estipulaba la restitución mutua de todas las conquistas hechas.

A partir de aquí, Nueva Amsterdam tomo otra vez el nombre de New-York, y la provincia no fué más que una de las colonias inglesas de América, quedando en esta situación hasta que al cabo de un siglo se unían para sacudir el yugo de la madre patria y hacerse nación independiente.

Así, la provincia de la Nueva Holanda había sido, por de pronto, tomada por los ingleses en un ataque en tiempo de paz, cuando toda resistencia era imposible, y se les había cedido definitivamente por ser considerada como mucho menos importante que las colonias como Iowa y Surinam. Había sido tomada otra vez por los holandeses en una guerra leal y abierta, y había sido vuelta á tomar por segunda vez á causa de una determinación que el gobierno nacional se vió obligado á aceptar como consecuencia de las crisis que habían traído las luchas europeas.

En todos estos cambios, los ciudadanos no jugaban más que un papel secundario, y la suerte de la ciudad y de la provincia no era decidida por los barcos y las tropas de Holanda y de Inglaterra, y puede decirse que los burgueses, tomados en conjunto, no sufrieron contragolpe serio en sus libertades civiles, religiosas ó sociales.

Sin duda, los holandeses y los ingleses experimentaron sufrimientos de amor propio, y hasta celos, en estas alternativas que hacían pasar de unos á otros la dirección de los asuntos locales, pero los agravios de partido eran en algún modo de un orden sentimental, porque, de una parte, no se tomó ninguna medida especial para unos con exclusión de otros, y el gobernante del momento fué un *direktor* holandés ó un *governor* inglés que hacía sentir siempre, tanto á unos como á otros, que estaban en el mismo nivel de inferioridad con respecto á él.

Sir Edmund Andros fué nombrado por el rey de Inglaterra para recibir New-York de manos del gobernador Colve. Esta ceremonia se llevó á efecto de una manera oficial y solemne. Se cambiaron grandes cortesías entre los gobernantes que salían y los que lle-

gaban. Entre otras cosas, Colve hizo entrega á Andros de su carroza de ceremonias y de los tres caballos que componían el tiro.

Andros restablece al punto las formas inglesas de gobierno en la provincia y en la ciudad, y una vez más, pero para siempre, declara la lengua inglesa como oficial.

New-York continuó siendo la propiedad colonial de Jacques; Nueva Jersey fué separada y formó una provincia distinta. La ciudad misma, que había contado próximamente mil quinientos habitantes en la época en que había sido conquistada por los holandeses, tenía unos tres mil cuando el gobierno inglés fué restablecido en ella por segunda vez.

CAPITULO V

NEW-YORK BAJO LOS STUARDOS (1674-1688)

Administración del gobernador Andros.—Monopolio de la Renta.—Abolición de la esclavitud india.—Proyecto de invasión de la nueva Inglaterra.—Llamamiento de Andros.—Administración del lugarteniente-gobernador Brockholls.—Disturbios interiores.—Petición de una asamblea provincial.—Administración del gobernador Dongan.—Tolerancia religiosa.—Establecimiento de la asamblea provincial.—Carta de las libertades y de los privilegios.—Garantías dadas al *self-government*.—Naturalización.—Prosperidad creciente.—La oficina de los *aldermen*.—Leyes sobre el soldado.—Tiranía de Jacobo II.—Caída de Dongan.—Nuevo nombramiento de Andros.—Advenimiento de Guillermo III.—Caída de Andros.—Unión de los elementos ingleses y holandeses.—Diferencia y fusión de razas.

Andros era un hombre hábil y enérgico, muy deseoso de servir los intereses del duque su señor, muy deseoso también de trabajar por la prosperidad de la colonia, siempre que pudiera hacerse sin perjudicar los intereses de aquél.

Cierto que era un partidario abnegado de la causa de los Stuardos, un creyente en el derecho divino de los reyes y en el gobierno cumplido por una parte limitada y directora de la nación, y no por la gran masa de los gobernados. No obstante, y á despecho de su carácter violento é imperioso, hizo en definitiva cuanto pudo para gobernar con justicia una ciudad com-